

en el país entre 1960 y 1976. Sólo ellos generarían, a juicio del autor, un hombre y un tiempo nuevos, a pesar de sus errores (la rebelión sobre el Malcom parece no haber respondido, finalmente, a una efectiva coerción, sino a una momentánea restricción de la libertad individual, y, sin embargo, cuesta la vida de Medrano y la suspensión del viaje), como lo consigna expresamente al atribuir estos pensamientos a Medrano:

Todo lo anterior contaba tan poco; lo único por fin verdadero había sido esa hora de ausencia, ese balance en la sombra mientras esperaba con Raúl y Atilio un saldo de cuentas del que salía por primera vez tranquilo, sin razones muy claras, sin méritos ni deméritos, simplemente reconciliándose consigo mismo, echando a rodar como un muñeco de barro al hombre viejo... (29).

La afirmación de Cortázar en la nota final debe ser evaluada en su justa dimensión. El asegura: «no me movieron intenciones alegóricas y mucho menos éticas» (30), pero sabe perfectamente que una novela no consta de *intenciones*, sino de *resultados*, y éstos justifican mi lectura.

La concepción sartreana del cuerpo y el vínculo hegeliano de amo y esclavo (véase *Fenomenología del espíritu*), llevado por Marx al plano socio-económico, explican numerosas actitudes de Rubén, narrador-protagonista de *Los años despiadados*, novela de Viñas, y de Mario. La humillación es la única vía por la cual aquél sabe aproximarse a su amigo, hijo de los porteros de la casa en que vive con su madre y hermana, y su difícil aprendizaje de la *dureza* es simétrico con las imposiciones del peronismo, hasta que ambos niveles se estrechan: Rubén, violado por una patota de muchachones, en parte a causa de haber arrancado un cartel de propaganda oficial, adquiere desde entonces un indiscutible poder sobre Mario, que antes lo sometía y que pasa a servirle de corcel mientras grita: «¡Soy tu burro, soy tu burro! (...) ¿Querés que rompa un cartel? (...) ¡Pégame todo lo que quieras!» (31).

Por medio de una minuciosa parábola, *Los dueños de la tierra*, comunica la certidumbre del autor sobre la imposibilidad de acuerdos entre diferentes clases sociales. Vicente protagoniza ese periplo, que va desde su frivolidad inicial de señorito alvearista, pasando por su

(29) *Ibidem*, p. 382.

(30) *Ibidem*, p. 427.

(31) Viñas, David: *Los años despiadados*, Buenos Aires, Editorial Letras Universitarias 1956, p. 208.

contacto personal con Yrigoyen (32) y la delicada misión que éste le encarga (un pacto entre los terratenientes patagónicos y sus peones) hasta la desilusión de que aquéllos lo violen al par que se toman una cruel venganza (torturas y fusilamientos) con el aval militar. Para aleccionar a Vicente, introdujo el autor a la judía Yuda, maestra cuya voz esclarecida expresa una clara conciencia socialista bastante artificiosa. Completan el cuadro otras formas de conciencia alienada —entre ellas Pons, el parricida que alcanza su redención inmolándose— que contrastan con Yuda. Esa trabazón de la novela como mosaico de *conciencias* revela el fuerte impacto que había producido en el autor la psicología existencial, fenomenológica, de Sartre y Merleau-Ponty.

Si bien *Dar la cara* es mucho más discursiva, inclinándose incluso hacia la crónica periodística (mesa redonda sobre lo nacional, recital en la Sociedad Argentina de Escritores, reportajes con motivo de un estreno cinematográfico) reaparecen en ella preocupaciones de las anteriores en torno de lo corporal y de los resentidos [*paçota* (33) de conscriptos que *mantea* a Mariano y simula su vejación] y más aún el planteo de relaciones intersectoriales: las del *grasa* (34) Beto con los refinados Mariano y Pelusa podrían ser parangonadas con otras similares de *Los Premios*. Pero su resolución es muy diferente: superado en cuanto a ductilidad mental por los otros dos, el tosco ciclista sabe endurecerse a tiempo frente a ellos. Admirador de Arlt, en cuya descendencia quisiera contarse, no es raro que algún rasgo suyo crezca, aisladamente, en los escritos de Viñas, se trate de una metáfora con términos de la química industrial, de las relaciones sexuales entre adolescentes. Viñas gusta también enlazar en esta novela personajes ficticios con otros que apenas encubren su modelo y con los que son réplica de seres reales. Un excesivo deseo testimonial, asimismo, resiente los cuentos de *Las malas costumbres*, donde la delación, la

(32) Hijo de un inmigrante vascofrancés, sobrino de Leandro N. Alem y nieto de un jefe policial de Rosas, ahorcado en 1853, Hipólito Yrigoyen (1852-1933), tuvo una infancia y juventud humildes. Alterna sus actividades como funcionario público con la de educador y la política: en 1868 ingresa al autonomismo, y en 1890, cuando ya era dueño de una estancia, de cuya producción agrícola y ganadera vivía, se pliega a la revolución propiciada por la Unión Cívica. Milita luego en la Unión Cívica Radical, derivada de aquélla, y se compromete en su período clandestino: revoluciones fallidas de 1895 y 1903. Opone su rigidez ética al despilfarro oligárquico, lo cual le otorga gran prestigio entre las clases medias. Aprobada la Ley Sáenz Peña de reforma electoral, llega a la Presidencia en 1916. Su política renovadora y popular se desarrolla entre múltiples dificultades y contradicciones, hasta que lo sucede otro miembro de su partido, más conservador, para el período 1922-1928: Marcelo T. de Alvear. Vuelve a ganar las elecciones en 1928, pero un golpe militar lo derroca en 1930: la crisis mundial del capitalismo (1929) había perjudicado sus planes y favorecido los de la reacción. Su entierro dio lugar a una gran concentración popular, el 6 de julio de 1933.

(33) Voz familiar rioplatense que designa a una pandilla de jóvenes reunida para burlarse agresivamente del prójimo o vejarlo.

(34) Voz familiar argentina para referirse a gentes de humilde condición y escasos mo-
dales.

tortura o la traición quedan a cargo de personajes identificables como peronistas.

Beatriz Guido eligió para su novela *Fin de fiesta* un asunto histórico ya descrito, pero lo aprovechó para encarar dos problemas típicos dentro del *corpus* elegido: el caudillaje y los efectos del autoritarismo. La obra puede ser leída como configuración del caudillo conservador Braceras, sus métodos de corrupción, seducción, manejo de sus subordinados incondicionales y guardaespaldas, relaciones familiares, etc. Presentado como un prototipo de la política argentina, su muerte ocurre cuando ya ha surgido su sucesor, de diferente extracción y con otros objetivos más ambiciosos: muere el 17 de octubre de 1945, día en que por primera vez Juan D. Perón habla a una concentración popular desde los balcones de la Casa de Gobierno. Esa formulación, esquemática, queda clara en las páginas finales de la novela, narradas por Adolfo, uno de los nietos que Braceras recogiera cuando quedaron huérfanos y cuyas vidas desviara. Una paliza que da a Adolfo con su cinturón por algo que no cometió, aleja de él al muchachito para acercarlo a su lugarteniente Guastavino (adaptación ficticia de Ruggerito) (35), hasta que Braceras, molesto por ciertas actitudes del malevo, lo manda asesinar por los Valenzuela. Adolfo, que hasta allí ha sentido alternativamente orgullo y repugnancia por su abuelo, lo insulta entonces abiertamente. Aparte de golpearle, Braceras lo envía pupilo a un colegio religioso del interior.

La amistad con unos estudiantes reformistas parece abrir una salida al desorientado Adolfo, pero cuando aquéllos se enteran de su verdadero apellido abominan de él. De retorno a Buenos Aires, se convierte en un abúlico, atento exclusivamente a sus placeres personales, cínico y desocupado. Es el único que permanece junto al abuelo con el mórbido deseo de verlo decaer y morir. Con Gonzalo —posible hijo natural del caudillo con una sirvienta—, Beatriz Guido trata un motivo que figura en otras novelas de este *corpus*. En efecto, por su nacimiento bastardo y rasgos feminoides, Gonzalo es víctima de frecuentes vejaciones por parte de Adolfo y su hermano José María. Sin embargo, su vocación religiosa, cada vez más raigal, acaba por convertirlo en un consejero espiritual al que los demás atienden y respetan.

Esa conversión del dominado en dominante no sigue los cauces de la dialéctica hegeliana comentada a propósito de *Los años despiadados*, sino otra que responde a categorías del catolicismo ortodoxo:

(35) Juan N. Ruggiero (1895-1933), principal ayudante del caudillo Alberto Barceló (1873-1946), se encargaba de amedrentar opositores, obreros huelguistas y partidarios del anarquismo durante la década del 30 en Avellaneda. Se le imputan también algunos crímenes. Murió asesinado, según algunos por orden de su propio patrón, quien era el *hombre fuerte* de dicha ciudad, controlaba el juego clandestino y la prostitución.

Gonzalo nunca asume su cuerpo, aunque el fortalecimiento de su alma lo eleva luego sobre quienes viven entregados a su carnalidad. El fondo de *El incendio y las vísperas* es un análisis intencionado del peronismo, que según ella sólo creó nuevos feriados, ensoberbeció a la servidumbre, presionó a la oligarquía y expropió en ciertos casos sus propiedades para beneficiar al partido gobernante, asesinó a estudiantes opositores, corrompió y torturó sin miramientos. Propició, sin quererlo, un acercamiento entre la oligarquía y las clases medias, aliadas en la resistencia, aunque defendían valores diversos. Esa aproximación, no exenta de resquemores, es quizá el mayor aporte de la obra. Alcobendas, víctima del régimen, estudiante de baja clase media y uno de los héroes de la historia, lucha por «defender la reserva de la patria, su esencia» (¿el pasado oligárquico?), desnudando la débil conciencia de su clase.

El centro del infierno, de Murena, anticipa motivos en que la literatura fantástica apunta tangencialmente a lo social, similares a los de *Bestiario*, como la invasión incontenible de insectos (*El fin*) o la obsesión persecutoria de *Los amigos*. Pero es *El coronel de caballería* el que mayores alusiones dirige al peronismo, algunas de las cuales sirven incluso de antecedente a *Las puertas del cielo*. Efectivamente, si la piel oscura y el fuerte olor remiten a los *cabecitas*, la potencia seductora del extraño personaje del que se habla lo emparenta con el propio Perón, con quien compartiría hasta su «voz chillona y maligna».

En *Las leyes de la noche*, la protagonista asiste al envejecimiento y suicidio de sus padres siendo muy joven, cuando «nada sabía de la naturaleza humana». Develar la misma, desde la perspectiva peculiar del autor, ocupa el resto de esta obra y su continuación: *La fatalidad de los cuerpos*. Consiste, en definitiva, en una obsesiva adhesión a la materia, durante la cual experimentan reiteradamente el vacío (equivalente de la nada existencial) tanto Elsa cuanto Alejandro Sertia, pese a lo cual reciben una súbita iluminación de la Gracia al final de sus vidas. Ella sale milagrosamente viva tras arrojarse desde un balcón para eliminarse y él muere en un accidente, pero llega entonces a la presencia de Dios:

Cesaron los ruidos, todos, y un silencio enorme lo envolvió. Abrió los ojos, desesperado, y lo cegó la luminosidad increíble, la serenidad de un cielo blanco que permanecía como si no hubiese ocurrido nada (...) y le pareció entonces que en ese cielo, como con las líneas que marcan el arco iris después de la tormenta, se dibujaba, abarcándolo todo, la cara del crucificado (36).

(36) Murena, H. A.: *Op. cit.*, p. 249.